

especial para El Norte, edición del 21 ó 22 de noviembre de 1990

(10)

Paso libre a Berlín Oeste

miguel ángel granados chapa

El viernes nueve de noviembre, precisamente al cumplirse un año de la simbólica caída del muro de Berlín, caminé en la plazoleta de la Puerta de Brandemburgo, cuyas columnas y cuadriga se hicieron tan famosas entonces, pues se convirtió en el santo y seña de una nueva época. Sin ningún obstáculo que franquear, pasé de lo que fue durante cuarenta años el lado occidental de Berlín ~~XX~~ al sector oriental. La antigua frontera entre dos mundos, entre dos sistemas políticos, había por completo desaparecido *en ese punto.*

Tres veces antes había estado en ese lugar. Pero entonces cruzar el límite entre los dos Berlín requería un complicado trámite. O tenía el turista que limitarse a subir a una plataforma y ver desde allí la colosal avenida Unter den Linden, ^{semejante a toda} ~~XX~~ gran avenida que cruza toda capital europea pero enriquecida con su arquitectura majestuosa, muestrario del poder prusiano. En mayo de 1976 crucé por primera vez el ^{muro} ~~XXXXX~~. Debía ir al aeropuerto de Berlín Este para viajar a Hanoi, la capital de Vietnam reunificado. Como aquí ahora, se festejaba allá el fin de una división artificial, y estaban a punto, como aquí también, de celebrarse las primeras elecciones del país reunido. ~~XXXXXregreso, XXXXX~~ El taxista que me condujo de un lado a otro tenía autorización para hacer ese recorrido, y eso ~~XXXX~~ obvió las dificultades del cruce de Check Point Charlie, el sitio donde se cruzaba. A mi regreso fue todavía mejor. Volví en la madrugada, y el autobús que podía ir a Berlín ~~XXXXXXXX~~ Oeste me tuvo sólo a mi de pasajero. De modo que el amabilísimo conductor no sólo me puso del lado occidental, sino que me llevó, como si fuera un coche de alquiler, hasta la puerta misma del hotel en que me hospedaba.

En abril de 1979 sólo pude ver de lejos la famosa avenida Bajo los Tilos en que antaño desfilaban las tropas prusianas y más recientemente las fuerzas de Hitler. En septiembre de 1981, en cambio, pasé a la capital de la República Democrática Alemana y caminé por algunas de sus calles. Aunque mi

guía e intérprete, contratado por el gobierno federal que me había invitado, se empeñaba en hacerme notar la sordidez de las construcciones y la severidad del continente de las personas, no compartí sus puntos de vista. Había una vida menos luminosa que en las calles occidentales, sin duda, pero eso ~~XX~~ era propio de un estilo de vida en exceso austero que caracterizaba a los países socialistas. No ignoraba que las diferencias entre los dos lados de Alemania eran hondas y dejaban en segundo lugar a la del Este, pero tampoco quería tragarme todas las ruedas de molino de la propaganda. No es que no ocurrieran los hechos de que después hemos tenido inequívoca noticia. No fui nunca militante comunista y no sentía, por ello, el peso del dogma que conduce a negar la realidad. Pero tampoco quería dar por ciertas las versiones de que la vida era allí un infierno, porque el público transitaba con normalidad, como si no estuviera en una cárcel.

Ahora es preciso admitir que lo estaba. De otro modo no habrían sucedido las emigraciones que se aceleraron hace un año. Pero no todo sucedió en unas horas, como hemos creído. Ya desde la fiesta de Pentecostés de 1987 la juventud de Berlín oriental se agitaba en protesta por el muro. Ese día, el cantante inglés David Bowie daba un concierto al aire libre, ~~XXXXXXXXXX~~ del lado occidental al que les estaba vedado asistir. El 13 de agosto siguiente, aniversario de la construcción del muro, hubo nuevas protestas, que se ~~reun~~reunieron poco después, con motivo de una protesta contra la censura encabezada por los escritores Stephan Hermlin y Christopher Hein. Participaban en las movilizaciones especialmente los integrantes de una categoría social patética: los candidatos a la emigración, es decir, personas anotadas en los registros oficiales como solicitantes de ~~visados~~ pasaportes para irse de su país. En enero y marzo de 1988, la policía arremetió contra manifestaciones de esos aspirantes al exilio, incluso dentro del templo de Santa Sofía donde en la segunda ocasión se habían refugiado algunos de ellos.

Ahora, en noviembre de 1990, la corriente migratoria comienza a fluir en sentido contrario. Centenares de jóvenes que carecen de un lugar para vivir en

berlín/3 .

el Oeste, han pasado a ocupar decenas de edificios en pésimo estado, y la policía los ha desalojado con violencia. Si se les permitiera quedarse allí, se agravaría el otro problema de ~~XXXXXX~~ posesión habitacional que ya afecta a la ciudad: el de los ocupantes de viviendas de quienes emigraron, algunos de los cuales han sido como dueños de sus casas durante cuarenta años y ahora se enfrentan al tempor, y a la posibilidad no remota, de que los verdaderos propietarios vuelvan a reclamar sus bienes y por lo menos quieran cobrarles el alquiler.

Pero de todo eso sólo me enteraré después. Por lo pronto, hemos superado la porción occidental de la plazoleta de Brandenburgo, donde se venden trocitos de algo que se dice fue el Muro, y muchas mercaderías más, simbólicas todas de la caída de un régimen, pues son insignias y vestimenta militares, tanto de soldados soviéticos como ~~XXXXXXX~~ estealemanes. Es difícil que los trozos de pared pintada puestos a la venta sean en verdad parte del Muro caído hace un año, porque en realidad esa ostensible línea divisoria sigue en pie a lo largo de muchos kilómetros. Sólo fueron derribados algunos tramos, y sus restos se han agotado ya varias veces, de seguro.

Guadalupe, Ernst --que con gran gentileza e información nos conduce en este transcurrir por la capital prusiana-- y yo estamos al fin en el extremo de la gran avenida principal. A la derecha sobresalen los edificios donde ha estado hasta ahora la embajada soviética, como sólida señal de la preeminencia que los representantes de la ~~MSX~~ URSS tuvieron en este suelo que no es el suyo. Todavía hay 380 mil soldados en territorio alemán, alojados en verdaderos guetos donde se vive como si se estuviera en la Unión Soviética. Me he enterado después de que el gran director de orquesta mexicano Sergio Cárdenas dio el año pasado un concierto como director huésped de la orquesta de Weimar. La sala propia de este conjunto ofrecía malas condiciones para el concierto, y alguien propuso realizarlo en un auditorio del barrio soviético, como se hizo; y resultó una instalación espléndida, con ~~excelente~~ excelente acústica y todas las facilidades, reservada para el uso exclusivo de los ~~ocupantes~~ ~~XXXXXXX~~ militares ocupantes.

Antes de que eso contribuya a una visión deformada, conviene recordar que Alemania, y su antigua capital, fueron ocupadas por los ejércitos vencedores, y que esa situación, atenuada por los años, subsiste aún. Es decir, así como hay tropas soviéticas en la porción que fue oriental, hay también importantes destacamentos ~~XX~~ norteamericanos, franceses e ingleses tanto en Berlín como en otros puntos de la antigua República Federal, y que en esos casos también sus cuarteles se distinguen del entorno por la calidad de sus servicios, de sus construcciones, sus automóviles, etcétera.

Mas henos aquí entrando en el rumbo de las oficinas diplomáticas, la Universidad Humboldt, los grandes hoteles, las plazas enormes, las construcciones de talla imperial. Cuando fue la capital prusiana, el centro de Berlín era Alexanderplatz, una espaciosa explanada que después se prolongó con la apertura de la plaza Marx-Engels. La figura de estos dos fundadores del socialismo científico se alza todavía en medio de este aerópago. No será extraño que pronto desaparezca. Por lo pronto, ya no es motivo de ~~re~~verencia sino de lo contrario. Se le han hecho inscripciones graciosas, trazadas por el lápiz (o el spray mejor dicho) sarcástico de quienes resintieron la aplicación de sus doctrinas.

Es ~~v~~iéernes por la tarde. Oscurece temprano. El ambiente se enfría por momentos cuando cruzamos los canales que van por debajo de los amplios puentes que agrandan la explanada central. La catedral del Kaiser, casi destruida por dentro pero monumental en su exterior, sigue a la zona de los museos, que datan de siglos anteriores y donde se concentró buena parte de la riqueza arqueológica de las civilizaciones de Grecia y el Asia Menor. Una feria en la plaza contrasta las luces de sus juegos mecánicos con los cirios con que una pequeña manifestación de combatientes antifascistas recuerda que eun día como hoy, el 9 de noviembre de 1938, ocurrió una matanza y persecución de judíos aquí mismos, en estas calles, que pasó a la historia como la noche de los cristales rotos, en alusión a los escaparates y ventanas de establecimientos comerciales hebreos destruidos por la barbarie nazi.

Al mediodía siguiente, esta misma enorme plaza luce muy animada, llena de paseantes, locales y extranjeros, que sobre todo se dirigen al edificio de ladrillo rojo que ha sido la alcaldía del Berlín Este y que probablemente albergue la que pronto regirá en toda la ciudad. Ese es, por cierto, uno de los temas a debate. Se trata de saber cuál de cada par de instituciones y establecimientos públicos y comunitarios se mantendrá. Los dos museos de arte egipcio, por ejemplo, se fundiarán en uno, y acaso algo semejante ocurra con los teatros la ópera, otros museos, las salas de concierto, las oficinas de servicio social etcétera. La solución a este dilema dependerá de la que se dé a otro asunto en debate. Se trata de determinar si Berlín será, como fue, la capital de Alemania o si ~~esta seguirá siendo~~ será Bonn, que lo fue de la República Federal desde 1949 hasta ahora.

En el edificio del ayuntamiento una viva animación se percibe desde el pórtico. En alguna de las salas los senadores locales, todavía elegidos con arreglo a un sistema que ha caído, se esfuerzan por cumplir sus funciones, oyendo consultas, quejas, sugerencias del público. Los problemas municipales se han complicado, y surgido otros nuevos, desde que el muro se abrió hace un año, desde que se efectuaron elecciones en la parte oriental en marzo anterior, y desde que se inició el largo proceso de reunificación, apenas en octubre anterior. Lo peor que puede pasarle al antiguo Berlín Este es que el pasmo de sus funcionarios la sumiera en el descuido, agravante del que ya tienen aspectos públicos importantes en la ciudad.

También hay ambiente electoral dentro de la alcaldía. Distribuidos en amplios salones, los propagandistas de los partidos que buscan tener asientos en el histórico primer Parlamento de la Alemania reunificada ~~busca~~ reparten volantes, folletos y periódicos en procura de prosélitos.

Quizá en ese ambiente, en que participa aun el viejo partido comunista, se resumen las impresiones de estas horas pasadas en la antigua frontera de dos mundos. La posibilidad de que la gente común decida los asuntos públicos bien vale la conmoción de una etapa histórica superada.